

HASTA SIEMPRE MAESTRO

ESTEBAN BERNAL AGUIRRE

Mis primeros recuerdos de Asensio se enmarcan en su escuela, mi escuela, esa escuela que ayudó a edificar los cimientos de mi vida artística y personal. Tuve la suerte de tenerlo como maestro antes del frenesí de reformas educativas al socaire de preclaras mentes de tantos pedagogos de despacho. Asensio estaba ya por encima de todas ellas y resolvió magistralmente también su dilatada etapa docente. A pesar de haber tenido como alumnos a centenares de niños unionenses, no es suficientemente conocida su enorme labor como maestro. Es fácil y grato para mí hacer memoria de aquellos lunes en los que ineludiblemente nos ilustraba con tizas de colores el pasaje del evangelio del domingo, pues en él se daba la conjunción de dos maestros, el de religión y el de plástica. No recuerdo haberle visto algún día a disgusto o con algún síntoma de la carcoma de la depresión actualmente asociada a tantos maestros y profesores justificadamente frustrados. Al contrario, él siempre parecía estar en un mundo divertido y lleno de vitalidad, de color, de música o de teatro. Sus clases no eran aburridas para nosotros, que de alguna manera apreciábamos que el nuestro no era un maestro como los demás. Unas veces nos dejaba boquiabiertos por la facilidad de un magnífico dibujo en la pizarra, resuelto con trazos rápidos y seguros, de una dama paseando en calesa tirada por elegantes corceles de afiladas patas junto al Cabezo Rajao; otras nos embarcaba en una obra de teatro en la que participaba hasta el último mono de la clase. En sus clases era difícil quedarse atrás. La metodología para lograrlo era simple. A pesar de su habilidad para el dibujo, partía de figuras geométricas muy sencillas. Descomponía la figura humana en un encaje fácil para todos.

La cabeza y el cuello siempre tenían forma de ojo de cerradura. Para el tronco recurría a un trapecio, mientras que las extremidades quedaban resumidas en formas de siluetas planas definidas por algunas líneas quebradas. Luego sólo restaba añadirle algunos elementos, algo parecido a los muñequitos de *Playmobil* que conoceríamos más tarde. Era fácil. Todo era muy fácil, de manera que los menos dotados para el dibujo quedaban desarmados, sin excusas para intentar el trabajo. Y por supuesto, luego venía el color. Apenas dados los conocimientos elementales sobre los colores básicos y complementarios nos pasaba a la fiesta. Al caleidoscopio creativo de los fondos, los celajes que siempre nos enseñaba a pintar a partir de cinco o seis manchas de colores diferentes que tratábamos de mezclar con un pincel grueso a base de golpecitos hasta resultar algo psicodélico y surrealista. No importaba la ausencia de nubes porque quedaban eclipsadas por un maravilloso tapiz tornasolado. Óleo, témperas, ceras, rotuladores... Aquella clase siempre olía a pintura, a lápices y goma de borrar. Cierro los ojos y agradablemente viajo hasta allí. A veces olía a barro. Las figuras quedaban colocadas en la repisa de la ventana para que se secasen al sol antes de pintarlas con sugestivos colores y formasen parte de nuestra peculiar colección o del belén parroquial de influencias sudamericanas.



Otras veces nos introducía en la magia del collage, recurriendo al papel charol o a revistas y periódicos para crear sugerentes espacios y formas divertidas. Entonces



Alzabaras, aguada en homenaje a Asensio Sáez, de Esteban Bernal



Castillete minero, aguada en homenaje a Asensio Sáez, de Esteban Bernal

la clase olía a pegamento, a pegamento *Imedio*. En sus collages, Asensio siempre mostró con chispa el dominio de una historia corta, breve pero capaz de dibujar en los demás una sonrisa. Eran y son como sus greguerías, pero con imágenes recortadas y cargadas de contenido literario, que inevitablemente cuentan una historia con final surrealista y siempre obediente al título que reza como pie. Recuerdo una magnífica colección de treinta y cinco obras que hoy cuelgan en su casa, realizadas para una exposición en Murcia que, dolorosa e incomprensiblemente para él, nunca llegó a inaugurarse y que decidió no sacar de su ya querida “ciudad alucinante”.

Era habitual, que a lo largo del curso, preparásemos una o dos obras de teatro. Comenzaban con largas sesiones de copiar en la pizarra el texto y los diálogos. Después asignaba los papeles y se iniciaban los disciplinados ensayos que nosotros convertíamos, con nueve o diez años recién cumplidos, en guiños y risas escondidas que no facilitaban la concentración del apurado compañero de reparto. A la vez realizábamos, siempre bajo sus indicaciones llenas de entusiasmo, el vestuario. Éste, no podía ser de otro material que de cartulina y papel tratándose de un maestro que escribía y pintaba. Poco a poco iban tomando cuerpo los adornos papirofléxicos con efectistas ensamblados de papel dorado. Salíamos literalmente empapelados desde la cabeza a los pies, sin posibilidad de ensayar ni una sola vez con tan perentoria vestimenta, que no olía a tela sino a pegamento. Mientras, permanecíamos de pie con los brazos separados del cuerpo, sin poder sentarnos por miedo a que se rasgase tan peculiar indumentaria antes de salir a escena.

Me resulta increíble que Asensio apenas necesitase infraestructura para tales representaciones. Unas veces tenían lugar en un escenario, en otras ocasiones en el aula de cultura de la CAM, en el centro parroquial, en el hogar del pensionista o en la mismísima calle, en la puerta de la iglesia o en mitad de la plaza de Joaquín Costa, teniendo como único fondo el edificio del mercado público, subidos en sillas, a voz en grito, abrazados por ingeniosos elementos decorativos móviles de cartón que portábamos alzados con palos.

Le gustaba al maestro adaptar entremeses de Cervantes como “*El Retablo de las Maravillas*”, autos sacramentales o de los Reyes Magos, así como costumbristas creaciones propias como “*Estampas unionenses*”.

Para todo este derroche de actividades de expresión plástica no disponía de suficiente ayuda económica, y me consta que en no pocas ocasiones vieron la luz por su altruista contribución. Él nos enseñó generosamente a abrir los ojos al arte y a disfru-

tar con los pinceles, los lápices o el barro, convirtiéndose en un educador de sensibilidades de mentes infantiles tan moldeables como ingenuas. Empleaba una metodología abierta que aunaba el rigor del academicismo clásico con la estimulación divertida de la creatividad de los alumnos, apoyándose fundamentalmente en la pizarra. ¡Cuántas pizarras podría haber firmado quedando conservadas para siempre, y sin embargo no mostraba pereza en borrar y borrar para volver a sacar más dibujos de su chistera como un mago prodigioso! Porque Asensio tenía un mundo personal. No, vivía en un mundo personal, fascinante. Su aula, su casa, todo él parecía encontrarse en un espacio temporal que los demás apenas adivinábamos.

Su aula, no era un aula cualquiera, estaba físicamente dentro del edificio del templo parroquial de su venerada Virgen del Rosario. De hecho la actual puerta de la epístola era la puerta de su escuela, apenas separada de la nave lateral por un liviano paramento de ladrillo sobre el que pintó un magnífico mural que dejaba entreoír los sonidos desde el interior del templo. Esta amplia puerta de dos hojas era la única comunicación con el exterior. Acristalada por pequeños vidrios cuadrados que eran atravesados generosamente por la luz natural que entraba al aula, a la vez que permitían mantenernos informados de cuanto sucedía en la plaza, así como estar al tanto de los entierros. En la pared de delante, tras su mesa, se encontraba la pizarra. Un muro un tanto misterioso para nosotros porque dejaba asomar bajo el encerado una escondida puerta que comunicaba con la base del campanario de la torre de la iglesia. Era éste un tenebroso y angosto espacio de ladrillo visto, del que recuerdo el fuerte olor a excremento de las palomas que encontraban cobijo en las paredes de este pozo invertido que nos mostraba, tentadoramente, una vieja y recia cuerda para los toques de campana, que en alguna ocasión hicimos sonar tímidamente entre indecisos y envalentonados intentos y carreras aprovechando una breve ausencia de Asensio.

Durante algunos meses, la clase de plástica tuvo que impartirla en la antigua biblioteca municipal, hoy sede la policía local, hasta que se remozaron las “Escuelas Graduadas” de la calle Andrés Pedreño. Pero hasta entonces, para poder recibir las clases de nuestro querido Asensio, teníamos que desplazarnos en grupo, desde las “Graduadas” hasta la iglesia. En algunas ocasiones el grupo se detenía ante el reto de un compañero que proponía correr a cocotazos al primero que cruzara la esquina, llegando atropelladamente y con retraso ante el justificado enfado de Asensio y las mil falsas excusas de los más despiertos. Esta itinerancia terminó cuando definitivamente trasladaron la clase de Asensio junto al resto de las clases, al renovado pero vetusto colegio del que aún recuerdo el impertinente frío de sus aulas.



Algunos días, el candado que abría la cancela de hierro de acceso al recinto escolar aparecía obstruido por palillos y pegamento. Entonces, nuestro maestro permanecía impasible frente a la algarabía de los alumnos esperando la llegada de D. José López, maestro de ciencias, que de forma impertérrita e impecablemente profesional abría su chaqueta y sacaba de su bolsillo interior una preparada aguja de gancho que dejaba expedita la entrada, animado por la cómplice sonrisa de Asensio. Y a las malas, cuando se presentaba especialmente complicada la cerrajera labor, recurrían a la cizalla prestada por el taller cercano mientras cundía el disgusto escolar.



Muy pronto pasé de ser sólo su alumno a ser su amigo. Cada vez que entraba en su casa-museo las horas parecían haberse detenido y uno descubría la relatividad del tiempo sin necesidad de que Einstein la demostrase en un papel. Todo en él era una sugerente invitación a su mundo a medio camino entre el barroco, el modernismo, el surrealismo y el cubismo; colmado de oropeles, cornucopias, damiselas con pamelas y parasol, y mil personajes alucinantes bajo el ritmo sereno de las coplas de Juanita Reina o la Piqué entre paredes tapizadas de cuadros y de recuerdos.

Siempre lo encontré trabajando entre libros, revistas, papeles y lápices de colores ante la cuadrada mesa de madera de pino de Canadá del comedor de su casa. Acostumbraba a trabajar en varias cosas a la vez: el cuadro a medio acabar en el caba-

llete, la ilustración apenas esbozada a lápiz blando, la caja de acuarelas abierta, el último artículo para la prensa o las correcciones de su próxima obra. No recuerdo haberlo visto nunca ocioso, incluso cuando nos encontrábamos por la calle, caminaba deprisa y atareado. No en vano el Rey le concedió la Encomienda de Número de la Orden del Mérito Civil de Isabel la Católica.

Pero a la hora de escribir prefería el lápiz para el primer borrador que luego pasaba a máquina, su antigua y fiel olivetti, que aún permanece en la sala de estar junto al balcón, en su otra mesa de trabajo pegada a la estantería de la pared.

De carácter afable, ameno, de conversación fácil, ilustrado y modesto, siempre ilusionado. Detrás de aquellas grandes gafas de pasta que formaban parte de su fisonomía, sin las cuales nos resultaba irreconocible faltándonos esos dos grandes escaparates que mostraban el mundo a sus pequeños ojos.

Con el pasar del tiempo, Asensio me incorporó al grupo de artistas locales que realizaban los decorados del Festival del Cante de las Minas. Desde pequeño me gustaba verles pintar en las veraniegas jornadas previas al festival flamenco. Era casi milagroso contemplar cómo levantaban una escenografía fabulosa a partir de los bocetos a lápiz del maestro. Paco Conesa, Paco Hernández Cop, Fulgencio Cegarra y el fallecido Pedro Ginés Celdrán constituían este grupo capitaneado por el gran Asensio. Me parecía un sueño poder formar parte de estos artistas para los que no parecían existir límites a la hora de abordar colosales murales realizados en poco más de una semana a contra reloj. Con ellos colaboré durante nueve ediciones, modestamente, como pude, sintiéndome animado y apadrinado por todos, pero sobre todo por mi querido maestro.

Ya anteriormente, durante dos veranos, Paco Conesa me introdujo generosamente en la técnica del dibujo al claroscuro y Paco Hernández Cop me abrió amablemente las puertas de su estudio cada vez que le visitaba. Este grupo de pintores representaba desde mi niñez un Olimpo de arte y sensibilidad, apenas en sueños alcanzable, por los que desde entonces siento agradecimiento y admiración.

Se sucedieron los años, concluí los estudios de Bellas Artes en Valencia y el maestro no dejó de acompañarme con su oportuno comentario y su sabio consejo cuando le mostraba las obras de mi siguiente exposición. Para uno de los catálogos me escribió un entrañable texto que guardo como un tesoro: "todavía niño de pasito torpe y asombrada mirada, lo recuerdo bajo el oro crudo de un sol todopoderoso que con el tiempo habría de incidir en su pintura..." Yo sabía que a veces le costaba dige-

rir mis épocas más alejadas de la figuración –que él prefería–; entonces como un padre ligeramente contrariado, disimulaba un gesto que trataba de justificar añadiendo: “yo sé que sabes pintar pero los demás pueden pensar que escondes ineptitud bajo el manto de la abstracción, como tantos otros”.

Difícilmente podré olvidar el día que me presenté en su casa con el regalo de un cuadro para él. Sabe Dios el trabajo que me costó la elección de la obra. No era la sensación de examinarme ante el maestro, quería agradecerle con aquella obra una pequeña parte de lo mucho que generosamente de él había recibido. Sé que lo comprendió profundamente sin necesidad de muchas palabras y rápidamente se dispuso a buscarle un sitio en la más que colmada pared de su salón.



María del Carmen Aznar, Asensio Sáez y Esteban Bernal

Hoy, tengo el privilegio de impartir clase de dibujo en el aula que lleva su nombre en el I.E.S. María Cegarra. Desde que se descubrió la placa con su dedicatoria, cada vez que entro, inevitablemente, siento una mayor responsabilidad con mis alumnos a la vez que me ayuda a contemplar la fugacidad de la vida y el valor de los amigos que nos dejan.

Hasta la víspera de su muerte siempre me recibió con una iluminada sonrisa que me hizo sentir en casa; aquella casa de empinadas escaleras que comencé subiendo como alumno encandilado por su maestro, hasta sorprenderme subiéndolas con la certeza de encontrar al final del rellano a un amigo para siempre.

¡Hasta siempre querido maestro!